

UNA APROXIMACION A LA JUVENTUD ACTUAL

Emiliano MENCÍA, F.S.C.
Salamanca.

ES PRECISO CONOCER A LOS JÓVENES.

Es axiomático en educación que para educar bien, es imprescindible partir de un buen conocimiento del educando. La razón es bien sencilla: la actitud y los modos concretos de comportamiento educativo que adopten los educadores están en buena parte determinados por la idea que tengan de los educandos.

Los adultos, que tienen la misión de impulsar y orientar el desarrollo de las generaciones jóvenes y facilitarles la asimilación de los valores culturales que van a permitirles integrarse en el seno de la sociedad con capacidad para asumir la responsabilidad de la propia conducta y servir al bien común, deben, si quieren actuar correctamente, observar a los jóvenes con interés, con calma y con inteligencia, a fin de tener de ellos juicios reales y plenamente válidos.

No es prudente admitir sin reflexión y sin crítica cualquiera de las apreciaciones que con tanta facilidad se ponen hoy en circulación. No es válido aplicar sin matizaciones a una realidad concreta juicios dema-

siado generales o que corresponden tan sólo a otros sectores de juventud de modalidades muy diferentes. No es justo formar criterios unilaterales basados en solas algunas de las notas que pueden definir una realidad. No es prudente, ni justo, ni válido dejarse dominar por esa característica propia de la psicología del adulto que tiende a juzgar negativamente a los jóvenes. Es ya viejo esto. Tan viejo, que «podríamos divertirnos —como dice Delooz— citando siglo tras siglo las lamentaciones de las generaciones sucesivas que lloran un pasado imaginario mucho más bello que el presente»¹.

Si nos paramos un poco a reflexionar acerca de lo que se piensa y se dice hoy de la juventud, advertiremos que se emiten juicios múltiples y muy diversos. No todos son negativos. Pero es evidente que hay un claro predominio de la nota negativa. Se habla de juventud ligera, superficial, irresponsable; se dice que ha perdido el sentido de los auténticos valores estéticos, morales y aun religiosos; que adopta formas excesivamente libres en las mutuas relaciones; que está dominada por el frenesí de la vida y fascinada por las extravagancias de esos ídolos de turno que forjan en las mentes de sus adoradores un mundo de irrealidad; que es egoísta y da muestras de una absurda independencia; que en sus relaciones con la autoridad, especialmente con los padres, se manifiesta irrespetuosa e insumisa.

Por supuesto que no todos los que hablan así de la juventud pretenden que tales juicios deban aplicarse de modo general a todos los jóvenes. Pero es evidente que para los adultos en general, las notas características dominantes de la juventud actual son más bien de signo negativo. Que estos jóvenes de hoy no son como los de otros tiempos. Aquéllos, huelga decirlo, eran mejores.

Todo eso es serio: Cuando la gente piensa que el tiempo atmosférico era mejor en épocas pasadas que en la actualidad, su ilusión es inofensiva. No hay inconveniente en dejar que ignore las curvas de temperatura de hace un siglo, que les mostrarían que se equivocan al pensar así en un pasado mejor. Pero tratándose de los jóvenes, la cosa cambia, porque, a fuerza de decir que la juventud de otros tiempos era mejor que la de ahora, se envenena la atmósfera, se desalientan muchas buenas voluntades y se concede el papel de primera figura a censores indocumentados¹.

¹ Pierre DELOOZ: *Que sont... les garçons et les filles d'aujourd'hui?* Bruxelles, 1965. p. 4.

² Pierre DELOOZ: *Op. cit.*, p. 3.

Es preciso, pues, plantearse seriamente la cuestión y preguntarse: ¿Son efectivamente los jóvenes lo que tantas veces se dice? Hecho el balance de sus notas positivas y negativas, ¿hemos de quedarnos con esa imagen fea de la juventud que tan a menudo se nos ofrece? ¿Son esos ídolos de la pantalla y de la canción los tipos que mejor representan la realidad de la nueva generación?

Sinceramente, creemos que no.

¿Cómo son entonces los jóvenes?

LA JUVENTUD NO ES «ASÍ».

Más adelante intentaremos hacer una síntesis de los rasgos más acusados de la juventud actual, sin que pretendamos hacer una descripción completa y acabada. Ahora, para deshacer un poco esos juicios peyorativos que nos parecen inexactos y que tanto pueden influir en la actitud educativa de los adultos, quisiéramos insistir un poco en la idea de que la juventud de hoy no es eso que tantas veces se afirma.

Hace algún tiempo moría en Madrid una joven universitaria atropellada por un tranvía. A los pocos días se publicaban, en uno de los periódicos de la capital, algunos fragmentos del diario de la joven, encabezados con este titular: «Algo más que ritmo de twist en la discutida juventud de hoy». Y el comentario, firmado por Mariano Civera, S. J., terminaba así: «Cuando les leía a los padres de Juanita Ayuso trozos de este diario, no dejaban de repetir: Sabíamos que nuestra hija era buena, pero no nos sospechábamos todo esto. Yo creo —seguía diciéndose en el comentario— que al contemplar la Universidad española, debemos decir otro tanto. Se habla mucho del influjo de los Beatles en la juventud, pero no se conoce ni se habla del influjo callado de Cristo»³.

Yo pienso que así es. Y sin pretender generalizar ahora por el otro extremo, puesto que eso sería igualmente ilegítimo, creo que es más conforme a la realidad pensar en una juventud con valores positivos.

Es cierto que hay jóvenes ligeros, desaprensivos, amorales, incluso gamberros y delincuentes. Pero hay que tener una idea exacta de lo que su número representa en el conjunto de la juventud. Aun en

³ Ya, 15-XI-1964.

países de elevada delincuencia juvenil, por ejemplo, el porcentaje de delincuentes es siempre reducido. En España, en 1958, se abrieron 173 expedientes por cada 100.000 menores. Reducida a porcentaje esta cifra, supone la insignificancia del 0,173 por 100. Sin embargo, cada vez que se produce un acto delictivo, se airea y se comenta, mientras que nada se dice del gran número de jóvenes que cumplen fiel, honrada y ejemplarmente, acaso heroicamente en muchos casos, con el deber que les imponen las normas éticosociales de un comportamiento recto y positivo. Esto es normal. Nos preocupamos de un miembro del organismo cuando no funciona regularmente. Cuando todo va bien, ni siquiera nos percatamos de su existencia. Pero esto debería ser tenido en cuenta a la hora de formular un juicio, para no generalizar a base de casos que no constituyen sino la excepción. Y antes de aceptar cualquiera de esas afirmaciones que parecen bien fundadas, habría de pensarse que, a pesar de su *aparente fundamentación*, pueden ser inaceptables, por no tener toda la validez que se les atribuye.

Ilustremos esto con un ejemplo real. Es frecuente la formulación y la admisión de este juicio: *Cuando los alumnos de enseñanza media terminan sus estudios y dejan el colegio, abandonan la religión*. Un estudio detenido y serio, realizado con un grupo considerable de estudiantes, demostró que, en efecto, había razones que daban fundamento a semejante juicio. Pero tal *fundamento* no era más que *aparente*, y el juicio no podía ser admitido⁴. En efecto, en ese grupo, como en todos los grupos en general, se perfilaban con toda claridad, al terminar la Enseñanza Media, dos minorías extremas y el bloque intermedio de la masa. El grupo de la minoría superior, en este caso el de la minoría muy religiosa, era, sin comparación, mucho mayor que el de la minoría inferior, es decir, el de los indiferentes o arreligiosos. En el bloque masivo central, como es natural, no había homogeneidad total, sino que se establecía una gama que iba desde las posiciones próximas a la minoría superior a los que limitaban con la inferior, pasando por una zona que pudiéramos llamar neutra. Al llegar a la Universidad, las dos minorías extremas proseguían su marcha en la línea de la religiosidad ascendente o descendente iniciada ya en las etapas anteriores de su vida. Pero el bloque central quedaba un tanto alterado. Un pequeño grupo, formado especialmente por los

⁴ Cfr. E. MENCÍA: *La religiosidad de nuestros jóvenes en un momento crítico*. C.S.I.C. Madrid, 1962.

que rozaban los límites de la minoría inferior, se hundía y empezaba a caminar por el terreno del abandono. Otro, más o menos semejante al anterior, pero constituido sobre todo por los que ocupaban las posiciones próximas a la minoría superior, reaccionaba positivamente y mejoraba. Con ello se establecía una compensación que hacía que el conjunto del grupo mantuviera un nivel estable: lo que se perdía por una parte, se ganaba por la otra. Y, por consiguiente, no podía afirmarse del grupo en conjunto que hubiera descendido en su nivel religioso. Ahora bien, ordinariamente este fenómeno no se ve así. Los que van bien, y aun los que mejoran, porque no nos preocupan, pasan inadvertidos. En cambio, los que abandonan, porque nos preocupan y alarman, llaman tanto la atención y ocupan de tal manera el primer plano, que parece como si ellos solos fueran la totalidad del grupo. En consecuencia, *sobre unos datos que son reales se formula un juicio que sería válido reducido a sus debidas proporciones, pero que deja de serlo al generalizarse y ser aplicado a la totalidad del grupo.*

Todavía hay en este mismo caso otros datos que inducían a la formulación aparentemente fundada de ese mismo juicio. Resultó ser un hecho que al llegar a la Universidad hubo en el *grupo* un real descenso de prácticas religiosas, sobre todo en la frecuentación de sacramentos. Como esto es algo muy visible y, además, estamos inclinados a medir la religiosidad por la cantidad de prácticas, es fácil la elaboración de un juicio negativo sobre este dato. Pero si se tiene en cuenta que la religiosidad no se reduce a eso y que, por otra parte, esa disminución era perfectamente normal en muchos de los casos, si se piensa que los colegios de Enseñanza Media ofrecen ordinariamente a los jóvenes muchas más facilidades para la práctica que las que encuentran luego en su vida universitaria, no lo consideraremos dato suficiente para fundamentar un juicio así.

Recientemente se ha realizado en Salamanca un estudio sobre la juventud estudiantil femenina, que ofrece un dato interesante a este respecto: la frecuencia de comuniones es ligeramente superior en el grupo de universitarias que en el de preuniversitarias. Por tratarse de una ciudad con mucho clero, muchas iglesias a mano y misas a todas las horas de la mañana y de la tarde, no se dan esas dificultades a las que antes aludíamos. Y, por consiguiente, ni aun en este aspecto de la práctica hay disminución en la religiosidad de las universitarias, sino que se da justamente el fenómeno contrario. Se dirá que el hecho puede explicarse porque en el elemento femenino no rigen los mismos

cánones que en el masculino, especialmente en cuestiones de religión. Pero a esto hay que responder que es precisamente en el terreno de lo femenino donde con más cautela hay que proceder hoy para admitir un juicio. La crisis aguda por la que está pasando la mujer en la actualidad hace necesaria la revisión de algunos de los criterios que hasta ahora se tenían por axiomáticos. Por otra parte, ese juicio de abandono de la religión se ha aplicado también recientemente a la juventud femenina. En publicaciones sobradamente conocidas se ha hablado del fracaso de la educación de los colegios de religiosas, basándose precisamente en un pretendido comportamiento postescolar.

De estos casos, aunque sean muy significativos, no pretendemos deducir ahora una conclusión que deba generalizarse. Eso sería incurrir en la impropiedad que estamos condenando. Simplemente queríamos demostrar que hay juicios que parecen estar sólidamente fundados y, sin embargo, no responden a la realidad.

Ahondando un poco más en esta cuestión de tanta consecuencia, queremos aducir otro de los fenómenos que más contribuyen a la formación de juicios inexactos sobre la juventud. Hay que tener en cuenta que *los jóvenes no son siempre lo que aparentan*. En virtud de una especie de conciencia colectiva que se superpone a la conciencia individual, adoptan en público las ideas y modos de comportamiento impuestos a la generación y al grupo por unidades audaces. Pero, en el fondo, su conciencia personal rechaza muchas de las ideas tan ruidosamente proclamadas y defendidas exteriormente. Y condena en privado hechos colectivos y actos realizados jactanciosamente en público. Si no se tiene esto en cuenta y no se para uno a analizar hasta qué punto son personales y auténticos ciertos modos de hablar y de proceder de los jóvenes, se corre, pues, el riesgo de formarse una idea inexacta de ellos.

De hecho, muchos de los juicios peyorativos que están hoy condicionando la actitud de los adultos respecto de los jóvenes carecen de fundamentación sólida. Se han formado ilegítimamente. Son juicios falsos. Pero qué difícil es convencer de su falsedad. Aun ante la evidencia de la realidad, cuesta desprenderse de la idea hecha y aceptada, sobre todo si esa realidad pretende decirnos que la nueva ola no es tan mala como a veces se dice y que no es peor que la de cualquier tiempo pasado. Una encuesta realizada en 1959 reveló que los jóvenes franceses comprendidos entre los dieciséis y los treinta años daban un porcentaje de práctica religiosa de un 35 por 100. Esta

cifra, que en la Francia un tanto descristianizada es tenida por muy buena, se ha confirmado en estudios posteriores. Ahora bien, como es natural, no fue fácilmente aceptada por los que tenían otra idea; pareció enormemente desproporcionada, inverosímil, a los especialistas. Y es que —se dice ante semejante actitud— hemos adquirido tal costumbre de ser derrotistas en materia de religión, que si no nos encontramos ante una descristianización casi total, quedamos decepcionados ⁵.

Esto es exactamente lo que suele ocurrir siempre que se tiene una idea preconcebida: sentimos satisfacción —una satisfacción que pudiéramos llamar paradójica si la idea es mala— cuando el auténtico conocimiento de la realidad la confirma; nos sentimos decepcionados y nos resistimos a deshacernos de ella cuando la realidad la contradice. Pero esto no es correcto. Lo correcto es adoptar una actitud objetiva y abierta, capaz de aceptar lo que se nos ofrezca con garantías de verdad, aunque eso no sea lo que nos habíamos imaginado.

Es el caso de la juventud actual. Los sondeos que se hacen en una y otra parte, buscando un mejor conocimiento de ella, dan tales resultados que «decepcionan a quienes esperaban encontrar la evocación de los ídolos radiofónicos. Los jóvenes de hoy no se parecen a los ídolos» ⁶. Quizá los mismos ídolos, en cuanto personas privadas, no se parezcan tampoco a sí mismos en cuanto ídolos y decepcionen a sus admiradores al mostrarles en la vida íntima y privada una imagen diferente de la que les ofrecen en su vida pública por motivos de propaganda. La anécdota del no muy lejano casamiento de Jhonny Halliday y Sylvia Vartan nos da pie para esta reflexión. Momentos antes de la ceremonia matrimonial, Jhonny jugaba al ping-pong, ataviado con su pantalón vaquero y su camisa a cuadros, entre un grupo de jóvenes que le habían seguido en tan singular circunstancia. Parece que pensaban que, como correspondía a la calidad de la pareja, la boda iba a ser algo muy original. Y que acaso fueran a casarse con esa misma indumentaria que tanto habían popularizado. Pero no, a la hora de la seriedad y de la verdad, ella apareció con el clásico traje blanco de novia, y él con la chaqueta negra y el pantalón rayado que generalmente usa todo el mundo en semejante circunstancia.

Pero dejando a los ídolos y volviendo al caso general de los jóvenes, parece que, de los diversos estudios que se vienen haciendo,

⁵ Jacques DUQUESNE: *Les 16-24 ans*. Editions du Centurion, Paris, p. 220.

⁶ Cfr. Pierre DELOOZ: *Op. cit.*, p. 20.

puede deducirse con claridad que ellos no son «como se los imaginan ciertos reporteros, ciertos novelistas, ciertos padres y educadores, que generalizan a base de algunos casos de artistas en boga»⁷; que no merecen que se les hagan ciertas calumnias; que tal como aparecen en determinados estudios, ofrecen una imagen capaz de causar satisfacción, ya que el gamberrismo no aparece sino como un epifenómeno muy limitado, no plantean problemas, no reivindican, no se rebelan, son razonables; si bien es cierto que algunos de sus aspectos pueden decepcionar a quienes desearían que una juventud dinámica intentara dominar la actual civilización técnica, asumiendo a la vez todos sus valores, y quisieran que el aflujo de los jóvenes fuera una fuente de renovación para nuestro viejo mundo⁸.

Refiriéndose a nuestra juventud, se ha escrito que, pese a todas las sombras, a todas las acusaciones, a todos los malentendidos, es mejor que la de 1945⁹. En conjunto, es difícil hablar de una juventud peor ni mejor que la de otros tiempos. Es innegable que en muchos aspectos es mejor. En otros es peor. Y en otros, la juventud de siempre. En el aspecto religioso, por ejemplo, por más que se hable en Francia de descristianización, se ha puesto de manifiesto que los jóvenes practican en la misma proporción que los adultos; y en el moral, a pesar de ciertas formas de nuevo estilo, se mantienen en la línea de lo tradicional. De lo que sí se puede hablar es de una juventud distinta. Pero, ¿puede esto extrañar a quien tenga concepto del ritmo evolutivo de la historia y de la acentuación de ese ritmo en el momento actual?

BREVES RASGOS DEL PERFIL DE LA JUVENTUD ACTUAL.

Tras estas afirmaciones generales, con las que hemos querido deshacer juicios peyorativos que nos parecen inexactos, vamos a intentar establecer el perfil de la actual juventud a base de sus rasgos más salientes. No es cosa fácil. En primer lugar, porque no existen datos demasiado depurados. Y luego, porque los que se conocen han puesto de manifiesto que existen tales diferencias entre los jóvenes de distintos medios geográficos y sociales, que no es posible hablar sin las

⁸ Cfr. J. DUQUESNE: *Op. cit.*, p. 237.

⁷ P. DELOOZ: *Loc. cit.*, p. 20.

⁹ Cfr. *Juventud 1964*, en «Familia Española», núm. 64, febrero de 1965.

debidas matizaciones al referirse a cada realidad concreta. Y esto a pesar de que el fenómeno juventud, que no existía como grupo social con caracteres propios en épocas pasadas, y hoy es una realidad cada vez más definida y con mayor conciencia de sí, tiende a borrar diferencias y a establecer una homogeneización cada vez más acentuada entre los distintos sectores de jóvenes. No obstante, y merced precisamente a este movimiento unificador que, en virtud de múltiples factores, entre los que cabe mencionar la nivelación de clases, los viajes y los intercambios culturales y los grandes medios de comunicación masiva, está actuando con eficacia y ritmo creciente, se dan ya ciertos rasgos comunes, al menos en zonas de semejante civilización, y pueden hacerse algunas afirmaciones de carácter general. Con tal, por supuesto, que no se pretenda generalizar demasiado y que se tenga inteligencia para matizar cuando quieran hacerse aplicaciones concretas a grupos y a individuos concretos ¹.

En líneas generales, la imagen de la juventud que hoy se nos ofrece es la de una *juventud sensata y «razonable»*. Es raro encontrar señales de rebelión e inconformismo. Los jóvenes aceptan más bien las ideas en curso y el orden establecido, si bien es cierto que las

¹⁰ Vamos a servirnos, para establecer este perfil, de los datos suministrados por diversos estudios sobre nuestra juventud y sobre la juventud europea. Especialmente vamos a referirnos, en lo que concierne a nuestros jóvenes:

1.º Al estudio que, con los datos correspondientes a la juventud masculina de dieciséis a veinte años, procedentes de la encuesta realizada por la Delegación Nacional de Juventudes en 1959, se ha publicado recientemente:

CECILIO DE LORA: *Juventud española actual*, Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A. Madrid, 1965.

2.º A los siguientes trabajos realizados en el Seminario de Estudios de la Juventud de la Universidad Pontificia de Salamanca:

1. CARMEN GUTIÉRREZ COMAS: *La religiosidad en la juventud femenina universitaria de Salamanca* (dactilografiado), 1965.

2. MARÍA ELENA DOMÉNECH GOZÁLBEZ: *Estudio experimental sobre algunos aspectos de la vida afectiva y de relación de las jóvenes* (dactilografiado), 1965).

Son dos trabajos que estudian un mismo grupo de jóvenes de Salamanca. La mitad, aproximadamente, universitarias, y la otra mitad, alumnas de preuniversitario.

3. JUAN LÓPEZ PLA: *Problemática familiar del adolescente* (dactilografiado), 1965.

Es un trabajo que se refiere a 506 adolescentes y jóvenes de ambos sexos entre los trece y los diecinueve años. Son estudiantes de enseñanza primaria, media, laboral y de magisterio. Proceden de diversas ciudades: Valencia, Castellón, Madrid, Segovia y Salamanca.

Por lo que se refiere a estudios del extranjero, que van a servirnos para contrastar nuestros datos, nos referiremos especialmente a dos realizados recientemente entre los jóvenes franceses y belgas de catorce a veinticuatro años y comentados en las publicaciones ya citadas de Jacques Duquesne y de Pierre Deloos.

ideas y las instituciones que les atraen son las del mundo moderno, las de la civilización técnica. En esto se distinguen precisamente de las generaciones de adultos, que en buena parte siguen aferrados a otras ideas y aceptan lo nuevo con mayor dificultad. Los jóvenes se dejan llevar por la corriente, pero por la corriente de lo actual. Y así, sin romper revolucionariamente con el pasado, como tantas veces hicieron o intentaron hacer las generaciones precedentes, van transformando el presente y afirmando un futuro nuevo.

Los jóvenes de hoy son *realistas e individualistas y egocéntricos*. No se mueven a impulso de las grandes frases ni de los grandes ideales. No son nada románticos ni aventureros. Buscan situarse lo antes posible en el mundo del confort y de la técnica, creado por los adultos, y asegurarse un buen porvenir personal. De ahí su afán por lograr una profesión que les satisfaga y les dé dinero. Y la atracción que ejerce sobre ellos el hogar, al brindarles un refugio seguro donde pueden gozar del bienestar que hoy ofrece la riqueza y el progreso. Tienen para ellos «especial importancia los valores de tipo económico y materialista en función del bienestar individual, con todo lo que supone de conformismo ideológico, de relativismo moral y de lo que ha sido dado en llamarse *aburguesamiento social*»¹.

Relacionado con todo esto está, sin duda, ese manifiesto *desinterés* que sienten por la *política*. Los jóvenes quieren realismo y eficacia en los gobiernos. Pero ellos se mantienen al margen de la preocupación y de la acción política. Se repliegan a la esfera de lo privado. Lo cual no es precisamente ninguna virtud.

Es también notorio lo poco que les atraen las *organizaciones juveniles* de cualquier tipo que sean. Rehúyen el encuadramiento formal en una asociación. Prefieren la constitución de pequeños grupos informales que, sin comprometer, ofrecen la posibilidad de satisfacer los menudos intereses personales.

En las *relaciones entre ambos sexos* se da hoy una mayor libertad. Sin embargo, y pese a que los mayores piensan a menudo lo contrario, la mayoría de los jóvenes son fieles a los principios tradicionales de moral sexual. Es éste un fenómeno que se señala generalmente en todos los estudios sobre la juventud realizados dentro y fuera de nuestra patria. Incluso aquellos varones que adoptan para sí criterios y régimen de cierta licencia sexual piensan que eso no es aplicable

¹¹ C. DE LORA: *Op. cit.*, p. 190.

a las jóvenes y quieren que la que haya de ser su esposa conserve toda su integridad.

En relación con *la familia* que los jóvenes aspiran a constituir, parece que la edad deseada por los jóvenes estudiantes para casarse es la comprendida entre los veinticinco y los veintiocho años. Las muchachas estudiantes piensan que la mejor edad para comenzar sus relaciones es la de veinte años. Las más jóvenes, sin embargo, las quisieran un poco antes. En general, hoy se ha retrasado la edad efectiva de casamiento respecto de los primeros decenios de este siglo, hecho que por sí solo origina algunas de las características y problemas de la juventud actual, puesto que supone una prolongación de la etapa juvenil en la vida del individuo, una más tardía integración de los jóvenes en la sociedad de los adultos, mayores proporciones del fenómeno juventud. La causa de este fenómeno es de orden económico. El ideal —realidad ya en algunos países— al que impulsarían a los jóvenes el amor romántico y su precoz desarrollo físico sería casarse antes. Pero el deseo de constituir una familia sobre una buena base económica, que procede de su gran sentido realista, les hace retrasar el acontecimiento.

Entre las cualidades que nuestros estudiantes quisieran encontrar en su futura esposa, figuran en primer término, y según este orden: el amor del hogar, el carácter agradable y el atractivo físico. Es decir, aquellas que pueden hacer el hogar humanamente grato, apto para satisfacer el encuentro emocional entre los miembros. Esto mismo parece deducirse respecto de las jóvenes estudiantes, que consideran que las cualidades más destacadas de la familia ideal son el amor y la unión. Y de la juventud francesa y belga, que, por encima de toda otra condición para el buen entendimiento del matrimonio, ponen la de unos mismos sentimientos.

El número ideal de hijos para nuestros estudiantes se sitúa entre dos y tres, coincidiendo en esto con los de los países industrializados de Occidente. Esta aspiración está de acuerdo con el descenso real de la natalidad experimentado entre nosotros en los últimos decenios. Es de advertir que el 72 por 100 de los estudiantes aceptarían los hijos que Dios les diera. Sólo un 15 por 100 dicen que procurarían evitarlos. Esto es lo que decían en 1960. No sé si habrá variado su posición después de lo que recientemente se ha discutido sobre esta cuestión de la limitación de la natalidad.

En el *aspecto religioso* es quizá en el que se advierte mayor diferencia entre los jóvenes de los diversos países. En Francia, por ejemplo, donde sólo un 14 por 100 de jóvenes dicen no pertenecer a ninguna religión y el 89 por 100 se declaran católicos, únicamente el 37 por 100 practica su religión de modo regular. En Bélgica: 8 por 100 de sin religión y 84 por 100 de católicos, hay un 69 por 100 que practica regularmente. Por lo que se refiere a Francia, ya vimos que ese porcentaje es considerado bueno, y no inferior al de los adultos practicantes.

Entre nosotros, pese a ciertas afirmaciones pesimistas que se han hecho algunas veces, puede asegurarse que el nivel religioso de la juventud es bueno, y aún mejor que en tiempos pasados. Hay datos positivos muy interesantes, relativos a la juventud estudiante sobre todo, y pudiéramos aducirlos aquí para confirmar este juicio. Pero, aparte de que eso nos alargaría más de lo que permiten estas páginas, preferimos fijarnos en algunos de los datos que recientemente han dado lugar a esos juicios pesimistas a los que acabamos de aludir, para intentar deducir una conclusión más bien optimista precisamente de esos mismos datos.

En primer lugar queremos referirnos a una página de *Ecclesia* de 1964¹². En el momento de su publicación, llamó la atención y dio una cierta nota de pesimismo, que tuvo resonancia especialmente en el ánimo de quienes están inclinados a ver el lado negativo del problema. Pero si analizamos un poco esos datos, advertimos: que en una simple página, y con un cuestionario tan reducido y poco matizado, no parece que pueda pretenderse lograr una idea de algo tan complejo como es la «actitud religiosa de los universitarios»; que los datos corresponden a alumnos de sólo dos secciones (Física y Matemáticas) de la Universidad de Madrid. Con esto quiere decirse que, sin duda, tienen un valor. Pero sin que se les dé mayor alcance del que permiten los límites a los que quedan reducidos. Por otra parte, dentro de esos límites, esos datos no parece que puedan dar pie para formular un juicio demasiado pesimista. El 90 por 100, que afirma la existencia de Dios, frente al 2, que la niega; y sobre todo, el 35 por 100 de varones y el 70 por 100 de muchachas que dicen haber confesado

¹² Miguel BENZO: *Una encuesta sobre la actitud religiosa de los universitarios*, en «Ecclesia» (1964), p. 1180.

(obsérvese: no es frecuencia de comunión, ni de asistencia a misa, sino de confesión) dentro del mes, son datos de una significación francamente positiva. Ciertamente que desconcierta un poco el resultado referente a la creencia en la divinidad de Jesucristo. Y más aún el que se refiere a la infalibilidad pontificia, donde se advierte que muchos de los que se confiesan dentro del año no creen que el Papa sea infalible cuando define cosas de fe. Pero la interpretación de este hecho requeriría un mayor ahondamiento en el problema. No creo que del simple dato podamos concluir, sin más, que se trata de mentalidades heréticas. Acaso deba atribuirse en buena parte a falta de formación. Y acaso también, en otra buena parte, a falta de reflexión seria, lo que en el fondo es también falta de formación en parte. En cualquier caso, no es un resultado satisfactorio, por supuesto.

Respecto de la cuestión que revela que un porcentaje notablemente mayor de estudiantes prefieran en España un estado religiosamente neutro a un Estado católico, habría que preguntarse, o mejor indagar, hasta qué punto esas respuestas son la expresión de una actitud religiosa o la de una mentalidad ante una situación político-social concreta.

Finalmente, sobre eso de que «la más dolorosa de las respuestas» sea la que pone de manifiesto el hecho de «que no llegue a la quinta parte el número de universitarios que han leído la más popular y discutida de las encíclicas modernas», hay que decir que ciertamente es doloroso ver confirmarse una vez más ese fenómeno de la despreocupación intelectual, del desinterés por los problemas doctrinales, de la falta de reflexión en el terreno de las ideas. Es éste un mal muy arraigado en grandes sectores del catolicismo, y concretamente en el nuestro. Sin embargo, para valorar debidamente el significado de esa respuesta desde el punto de vista de la religiosidad de este grupo de universitarios, habría que preguntarse estas dos cosas: En primer lugar, qué representa ese porcentaje de estudiantes que no han leído la *Pacem in Terris*, comparativamente con el de los adultos de la sociedad en que viven —incluidos los que parece que han de tener un mayor motivo por razón de su profesión— que tampoco la han leído. En segundo lugar, cuál es exactamente la correlación existente entre la lectura de la *Pacem in Terris* y la religiosidad. No queremos lanzar *a priori* una afirmación. Pero sospechamos con cierto fundamento que habrá muy poca.

Esto es lo que nos ha sugerido el análisis de la página de *Ecclesia*.

Pensamos que ayudará un poco a interpretar mejor esa página y otras muchas de las que hoy se escriben sobre esta cuestión.

Ahora vamos a fijarnos en ese estudio importante sobre la juventud española que tantas aportaciones valiosas tiene y cuyos datos estamos utilizando ampliamente aquí¹³. Se habla en él de que «los valores religiosos son subestimados» (p. 189); de «descenso de valores religiosos» (p. 156). Se repiten de cuando en cuando expresiones así. Un lector que no matice debidamente esas expresiones, podría fácilmente generalizar y concluir que se trata de una subestima del valor religioso en cuanto tal, de un descenso del valor religioso en toda la línea. Pero el autor está tratando del valor religioso en la integración familiar. Y de ahí no hay que salirse. En el cuestionario utilizado no figuran cuestiones que permitan juzgar de otros muy importantes aspectos en los que pueda manifestarse la valoración, la actitud y el comportamiento religioso de los individuos. Situados así en ese terreno y fijándonos en los estudiantes (no por el hecho de que el resultado en los otros grupos de jóvenes sea menos positivo, sino porque poseemos más datos de la juventud estudiante y a ella nos estamos refiriendo especialmente aquí), resulta que de ese 80 por 100 que afirma que «las ideas religiosas tienen algo que ver en lo que la gente hace en todo lo que se refiere a las relaciones de hombre y mujer (trato general entre los sexos, relaciones prematrimoniales, relaciones conyugales, control de la natalidad, etc.), contra un 8 que lo niega, no parece que pueda concluirse que se desestime el valor religioso¹⁴. Ni tampoco del 72 por 100 que dicen que aceptarían los hijos que Dios les diera, contra el 15 por 100 que afirman que procurarían evitarlos¹⁵. Es más bien el hecho claro de la aceptación de unas normas de conducta procedentes de la religión lo que se pone de manifiesto. Es cierto que los porcentajes bajan cuando se pregunta por la influencia efectiva de la religión en las propias relaciones personales con el otro sexo¹⁶. Pero esto es perfectamente normal, y es un fenómeno que se observa siempre en semejantes casos. Una cosa es lo que uno admite que «debe ser», y otra lo que realmente «es». Por otra parte, a eso de que para un 42 por 100 la religión influya «mucho» en este tipo de relaciones personales; «algo»

¹³ LORA, libro citado.

¹⁴ Cfr. *Op. cit.*, p. 145.

¹⁵ Cfr. *Op. cit.*, p. 150.

¹⁶ Cfr. *Op. cit.*, p. 147.

para un 38 por 100, y «poco» solamente para un 16 por 100, no puede dársele una significación negativa, si se tiene cierta práctica en la interpretación de resultados de este estilo.

Lo que sí desconcierta un poco es el hecho de que al pedir a los jóvenes que señalen entre una serie de cualidades las tres más importantes en la mujer que se elige como novia, lo de ser religiosa quede por debajo de ser amante del hogar y de los niños, de tener un carácter agradable, de poseer un atractivo físico, y de ser moral¹⁷. Con todo, no nos parece que esto sea suficiente para concluir que lo religioso en sí es subestimado. Al interpretar estos datos como una subestima del valor religioso, debería lógicamente admitirse una mayor subestima de lo económico, puesto que la economía queda por debajo, y a mucha distancia, de lo religioso. Y, sin embargo, a renglón seguido de afirmar que los valores religiosos son subestimados, se afirma la acentuada valoración de lo económico¹⁸.

Quizá nos ayuden a interpretar todo esto los datos de las jóvenes que también venimos utilizando en este análisis¹⁹. Ellas, a lo largo de un cuestionario amplio y muy matizado sobre la religiosidad, se han manifestado muy religiosas. Y al preguntarles por las cosas de cuya carencia juzgan que resultan los mayores inconvenientes para ser feliz, ponen la fe religiosa muy por encima de la instrucción, del dinero, del trabajo, de los amigos, de la libertad, e incluso del amor, que figura en lugar muy destacado. Y, sin embargo, cuando se les pregunta qué cualidades les parece que debería tener una familia ideal, no descartan la religiosidad —como tampoco la descartaban los jóvenes—, pero la colocan en un segundo plano, muy por detrás de la comprensión, del amor y de la unión.

Todo esto nos induce a concluir que no es que subestimen el valor religioso en sí. Lo que ocurre, sin duda, es que consideran que, en orden a una convivencia familiar armoniosa, pacífica, agradable, tiene mayor trascendencia el carácter, la capacidad de comprensión, el amor, que la misma religiosidad. Un espíritu religioso, aun siendo de la mejor ley, si bien puede suavizarlas, no logra a veces superar las dificultades que tienen su origen en el modo de ser caracteriológico y temperamental. Y la experiencia diaria nos dice que personas muy religiosas hacen desagradable y difícil la vida familiar con su manera de ser

¹⁷ Cfr. *Op. cit.*, p. 139.

¹⁸ Cfr. *Op. cit.*, p. 189.

¹⁹ Carmen GUTIÉRREZ y María Elena DOMÉNECH: *Loc. cit.*

hosca, dura e intransigente. Casos hay incluso en los que, aliándose el mal carácter con una religiosidad deformada, no solamente resulta desagradable la persona en la que ambas cosas se amalgaman, sino que la misma religión llega a hacerse antipática y a perder grados de valoración.

En definitiva, creemos, pues, que de todo esto se puede concluir también que el nivel religioso de la juventud es bueno. Quizá alguien piense que andamos buscando la cara buena del problema. Y así es, aunque sólo en parte. Es cierto que quisiéramos que se modificaran algunos de esos juicios negativos que sobre la juventud circulan hoy por ahí, y que para lograrlo intentamos poner de relieve el aspecto positivo de la realidad. Pero esto no significa que cerremos los ojos ante el lado negativo y no admitamos su existencia. No se nos oculta que, junto a esas minorías de cristianos auténticos, cada vez más numerosas y de mejor calidad, y junto a la gran masa de rutinarios adocenados, hay una pequeña minoría, acaso más definida y significativa que en años anteriores, que se vuelve de espaldas a la religión; que, en general, va ganando hoy terreno la tendencia a dejarse dominar por los valores materiales y económicos del mundo de la técnica y a desestimar los valores del espíritu; que se rehúye la reflexión seria y el estudio sistemático de los grandes principios doctrinales que a la luz de la revelación han de esclarecer los problemas prácticos de esa acción eficaz que tanto fascina a la juventud actual; que el individualismo egocéntrico induce a desvincularse de la comunidad eclesial y a desentenderse de toda responsabilidad y de toda acción apostólica. Y todo esto, que es cierto dentro de ciertos límites y determinadas proporciones, acucia y debe acuciar el celo de todos los que sean sensibles al reino de Dios. Pero sin dramatizar excesivamente las cosas.

RELACIONES CON LA GENERACIÓN DE LOS PADRES Y EDUCADORES.

Siempre ha habido discrepancias de ideas, de gustos y de aspiraciones entre la generación de los jóvenes y la de sus padres y educadores. Siempre ha habido en la juventud pretensiones de autonomía, y en los mayores, actitudes autoritarias que han dado lugar a tensiones más o menos violentas entre unos y otros. Siempre, en una palabra, ha habido conflicto generacional. Ahora también lo hay. Pero, ¿en qué términos está planteado?

Generalmente se piensa que las discrepancias son mayores que en otras épocas, en razón de los múltiples factores que a ritmo tan acelerado están transformando la vida de la sociedad actual. Las ideas y los gustos envejecen rápidamente y son desplazados por novedades que la juventud hace suyas con el mayor entusiasmo. Los padres se quejan de que a los hijos de hoy no hay medio de entenderlos ni de gobernarlos.

Sin embargo, parece que el desacuerdo entre padres e hijos no es tan grande como a primera vista pudiera parecer. Y la convivencia es mejor de lo que muchas veces se dramatiza. Todos los estudios que se vienen realizando sobre este punto concluyen que el entendimiento de los jóvenes con sus padres, especialmente en el terreno del comportamiento, es bueno. Refiriéndose a la juventud francesa y belga, Deloos afirma textualmente lo siguiente: «El clima familiar es mejor de lo que se piensa. La mayor parte de los jóvenes se entienden bien con sus padres, sobre todo con la madre. En el seno de la nueva familia, las ocasiones de conflicto son mínimas. Se generaliza el buen entendimiento»²⁰.

Refiriéndose a nuestros jóvenes, se han escrito cosas como éstas: «Los hombres que preferían el camino de Nueva Granada o de Eldorado a labrar tierras en Castilla no se entendieron probablemente bien con sus padres. Lo mismo ha sucedido desde que el mundo es mundo entre una generación y la que le sigue. Los jóvenes de ahora no son excepción a la regla. Pero su choque generacional no reviste, al menos en España, la gravedad que se le atribuye»²¹. Y esta otra: «Los jóvenes se adaptan a las exigencias de la unidad familiar en su comportamiento. Viven acordes afectivamente con sus padres en búsqueda de esa tranquilidad que trata de exaltarse en el hogar moderno»²².

Todo esto se deduce de las respuestas que dan los jóvenes cuando se les interroga sobre la cuestión. Es de advertir que cuando se trata de opinar en general, los jóvenes participan un poco —nada más que un poco— de la opinión de los adultos. Cuando se pregunta a franceses y belgas cuántos jóvenes piensan que se entienden mal con sus padres, contestan que un 17 por 100. Pero al preguntarles por el entendimiento concreto de cada uno con sus propios padres, sólo

²⁰ *Op. cit.*, p. 12.

²¹ *Familia Española*, núm. 64 (1965), p. 19.

²² Cecilio DE LORA: *Op. cit.*, p. 73.

un 6 por 100 dice entenderse mal con el padre, y un 4 por 100, con la madre.

Entre nosotros, los datos correspondientes al grupo femenino de universitarias y preuniversitarias son bastante similares, aunque aumente ligeramente el desentendimiento, puesto que un 13 por 100 dice entenderse mal con el padre, y un 8 por 100, con la madre. Esto mismo se deduce de las manifestaciones de adolescentes de ambos sexos a que nos venimos refiriendo. Únicamente un 5 por 100 dice que no tiene confianza con su padre ni con su madre.

Hay que hacer aquí una distinción entre el padre y la madre que parece de interés. Como acabamos de ver, el entendimiento es mejor con la madre que con el padre. La diferencia es bastante notable. En nuestro grupo femenino señalan un entendimiento que en una escala de valoración alcanza el grado de muy bueno con la madre el 58 por 100 de los casos, y con el padre, solamente el 33 por 100. Mientras que en el grado de muy mal entendimiento encontramos un 8 por 100 respecto del padre, y sólo un 4 por 100 respecto de la madre. Y en el grupo de adolescentes hay un 90 por 100 que dicen tener confianza con la madre, contra un 72 que dicen tenerla con el padre. Exactamente el mismo fenómeno se observó en la juventud francesa, a propósito de lo cual escribe Duquesne lo siguiente: «El fenómeno merecería un análisis largo. Anotemos simplemente que en el mundo moderno la madre juega un papel cada vez más importante en el hogar, del cual el padre a menudo está ausente por estar demasiado cogido por el trabajo y los desplazamientos que le preceden y le siguen. Y cuando regresa al hogar, con frecuencia está demasiado fatigado para poder mantener con sus hijos contactos provechosos. No deja de ser significativo el hecho de que el entendimiento con el padre sea mejor (casi igual que con la madre) en las pequeñas localidades, donde el trabajo no le aleja mucho del hogar. Al analizar esta situación, algunos autores concluyen que nos dirigimos hacia una especie de matriarcado ²³.

Otra observación que es interesante hacer es la que se refiere a esa ley según la cual la sabiduría popular juzga que las muchachas se entienden mejor con el padre, y los hijos, con la madre. ¿Qué hay de esta idea, que algunos psicoanalistas y psicólogos han defendido? Que en este caso no se confirma. Refiriéndose a los jóvenes franceses,

²³ J. DUQUESNE: *Op. cit.*, p. 86.

se dice que las respuestas prueban que esa ley no tiene gran influencia y que el comportamiento de ambos sexos, al menos en esta edad —dieciséis a veinticuatro años—, que nos interesa, es más o menos análogo. Con nuestros jóvenes, los resultados van más allá. No es sólo que no permiten mantener esa ley supuesta, sino que dan sobradamente pie para afirmar lo contrario; es decir, que las muchachas se entienden peor con el padre que con la madre: 8 contra 4 de mal entendimiento; 33 contra 58 de bueno, en las jóvenes estudiantes. Y lo mismo se advierte en niñas de nueve a once años: ninguna se entiende mal con la madre, y 94 se entienden muy bien; mientras que con el padre hay 3 que se entienden mal, y sólo 77 muy bien. La diferencia es más acusada en el terreno de la confianza, aspecto de las relaciones paternofiliales mucho más delicado que el del simple entendimiento. En efecto, nuestro grupo de muchachas adolescentes tienen más confianza con la madre que los muchachos —94 contra 91—. Y mucha menos con el padre que ellos: sólo el 13 por 100 de adolescentes varones dice no tener confianza en el padre, mientras el porcentaje de muchachas es de 43. En definitiva, todos se entienden mejor con la madre que con el padre; las muchachas peor con el padre que los muchachos, y mejor con la madre.

Este buen entendimiento en el orden práctico, que se traduce en una convivencia bastante pacífica, no significa que no haya discrepancias de gustos y pareceres. Las hay. Y en algunos aspectos, grandes. Aunque en conjunto tampoco son tan excesivas como a veces se piensa.

La mitad de nuestros estudiantes consideran acertada y exacta para los tiempos de hoy la manera de pensar de sus padres. Algo menos de la mitad la consideran anticuada, aunque buena. Sólo el 3 por 100 la considera errónea y totalmente inadecuada.

Sin embargo, al concretar los diversos aspectos en los que difieren los pareceres y son objeto de discusión, las discrepancias parecen quedar un poco más acentuadas: 66 por 100 de adolescentes señalan algún aspecto en el que consideran anticuados a sus padres.

Al observar con un poco de atención las respuestas de los diversos grupos de jóvenes, se advierte que no es en lo que pudiéramos llamar grandes temas ideológicos donde se dan las discrepancias. Tratándose de estudiantes, alcanzan alguna significación en política y en arte. Pero ligera. Es en el terreno de las diversiones, de las amistades y de las relaciones con el otro sexo donde sobre todo discrepan. Y en

todos los estudios sobresale notablemente sobre todos los demás el aspecto de las diversiones como el objeto en que hay mayor diferencia de pensamiento, donde más frecuentemente se da la discusión y donde se encuentran las mayores dificultades para el entendimiento. Sólo un 7 por 100 dicen, por ejemplo, que es causa de dificultad el no pensar como la familia. En tanto que un 60 por 100 dicen que lo es el deseo que tienen de más diversión.

Los datos revelan que las chicas discuten más que los chicos con sus padres. Esto es normal. Por una parte, a la chica se le concede menos margen de libertad, se cuida más de sus salidas, se le pide más cuenta de sus actos, especialmente en lo que se refiere a trato con el otro sexo. Y, por otra, la psicología femenina es más dada a la discusión. En las reacciones típicas de la adolescencia, la muchacha tiene tendencia a traducir su disconformidad y su rebelión en palabras; en tanto que el varón opta preferentemente por la acción.

También discuten más chicos y chicas, pero sobre todo las chicas con la madre que con el padre. Lo cual no impide, como se ha visto hace un momento, que se entiendan mejor y tengan más confianza con ella. Acaso por eso mismo discuten más. Aunque tampoco hay que olvidar, para explicar el hecho, que la mayor convivencia con la madre ofrece más ocasiones para la discusión. Lo primero es aplicable sobre todo a los adolescentes. Esto último a las adolescentes. Así se deduce de sus respuestas.

En resumen, hemos de concluir, con cuantos han observado la realidad, que puede afirmarse a la vez el hecho de la discrepancia de gustos y pareceres y el del buen entendimiento entre padres e hijos. Esto se explica por el cuidado que generalmente se pone en evitar cuanto pueda ser objeto de roce. Se eluden los problemas ideológicos. No se tratan las cuestiones candentes. Cuanto más delicada e importante es una cuestión, más se elude. Porque lo que se busca es entenderse y convivir pacíficamente. Y eso se logra. Si bien es verdad que de modo muy periférico y superficial, puesto que el entendimiento y la unión que no se basan en la comunidad honda de pensamiento no puede tener profundidad. Por eso en la familia moderna se da tan frecuentemente el fenómeno de una creciente convivencia, sin que las personas que conviven salgan de su individualismo y se fusionen en una comunidad de ideas, de afanes y de preocupaciones. Es bueno el buen entendimiento. Pero es una lástima que no se base en mejores fundamentos.

Esta parece ser la realidad de las relaciones entre padres e hijos en la familia de hoy. No hemos apurado la descripción: Pero creemos que quedan trazados los rasgos más generales.

PRINCIPIOS DE ACCIÓN EDUCATIVA.

Ahora, sin pretensiones de ofrecer soluciones plenamente válidas, absolutas y universales, ni recetas capaces de remediar cualquier caso de dificultad educativa, vamos a intentar exponer algunos principios de pedagogía que parecen importantes en esta hora de tránsito hacia unas formas de vida que difieren un tanto de las que hasta ahora habían tenido vigencia.

En primer lugar, creo urgente llamar la atención sobre la necesidad de que los padres traten de *reforzar su autoridad* y que no dimitan el ejercicio de su función educativa. El debilitamiento de la autoridad paterna y la dimisión en el ejercicio de sus funciones es un fenómeno muy de hoy que puede explicarse así: Hoy no resulta nada fácil el ejercicio de la función paterna. En el concepto tradicional de la familia, el padre tenía sobre los hijos todos los derechos; cualquier disposición que tomara sobre ellos era legítima, y su autoridad no era nunca discutida. Ahora las cosas no son así: los padres se dan cuenta de lo difícil que es acertar en la adopción de una actitud, de una medida, de un procedimiento. Y si buscan en la lectura de tal o cual publicación, o en la exposición de temas educativos, soluciones y modos de proceder acertados, con frecuencia el resultado es la adquisición de un mayor conocimiento y una conciencia más aguda de las dificultades y de los errores que están expuestos a cometer. En consecuencia, surge en ellos una especie de sentimiento de culpabilidad ante los posibles errores cometidos y concluyen que se trata de una tarea superior a sus fuerzas, sintiéndose incapacitados para realizarla. Entonces, de una manera inconsciente, pero real, muchos padres adoptan la posición fácil de desentenderse prácticamente de ella: dimiten el ejercicio de la autoridad y de sus funciones. Los efectos de esta dimisión son generalmente desastrosos. Y en la actualidad, es quizá uno de los mayores fallos que tiene la educación familiar.

Hay que decirles, pues, a los padres que sí, que la tarea de educar a los hijos es difícil. Pero que no deben asustarse ante ella. Que de-

ben confiar en sí mismos, puesto que todos tienen condiciones básicas para realizarla. Que deben tratar, ciertamente, por todos los medios posibles de perfeccionarse y buscar en cada caso el modo de proceder más acertado. Pero que luego deben actuar según su mejor saber y entender. Los posibles errores que hayan cometido o que cometan deben servirles de lección, pero nunca deben angustiarles, hasta el punto de paralizar su acción por miedo a equivocarse. Los hijos tienen necesidad de que los padres actúen con autoridad.

Por supuesto que la autoridad a la que nos estamos refiriendo no ha de confundirse con el *autoritarismo*. No es cuestión de decir esto es así porque lo digo yo. Esto se hace porque yo lo mando. No se trata de establecer un ordenancismo que coarte toda libertad de iniciativa personal y quite a los jóvenes la posibilidad y el trabajo de pensar y de decidir por sí mismos. De lo que se trata es de esa autoridad moral de los padres que, dueños de sí y de las situaciones, con una superioridad reconocida y aceptada, ofrecen a sus hijos orientaciones seguras, les ayudan a valorar las cosas y los acontecimientos y les posibilitan la solución de los menudos y de los grandes problemas que van surgiendo en su vida a lo largo de las etapas del desarrollo de su personalidad.

Y todo esto en un *diálogo* amplio, abierto, suave y firme a la vez, establecido en un clima de confianza. Sin dialogar no puede haber educación. Hoy menos que nunca. Por eso los padres deben facilitar, buscar, provocar el diálogo. Y una de sus principales preocupaciones debe ser la de crear un buen clima de confianza, único en el que el diálogo educativo es posible.

No es cosa fácil crear ese *clima de confianza*, al menos en el grado que se exige para un buen diálogo. Por eso los mismos adolescentes que han manifestado tener confianza en sus padres dicen también, en sus tres cuartas partes, que hay asuntos que tratan fácilmente con los compañeros, pero no con los padres, porque les da vergüenza, porque temen ser incomprendidos, por miedo al castigo, para evitar disgustos o por falta de confianza. Entre esos asuntos están, primera y principalmente —casi exclusivamente—, los relacionados con el sexo: el origen de la vida, el pecado sexual, las chicas, el noviazgo, dicen ellos; ser mamá, los chicos, el desarrollo, dicen ellas, que son las que parece que encuentran mayor inconveniente para dialogar sobre esto.

Cuántas dificultades encuentran los jóvenes, y especialmente los

adolescentes, en todo esto; qué problemas tan graves y complicados se forman en torno a cuestiones a veces de suyo simples; qué momentos más angustiosos viven algunos por no encontrar en los padres el confidente benévolo y experto que les oriente y les ayude. Un porcentaje muy elevado en los chicos —76 por 100—, y mayor aún en las chicas —86 por 100—, cree que los padres podrían ayudarles en todo esto si se lo confiaran. Pero falta precisamente la confianza.

Esta confianza no la conseguirán los padres a base de actitudes demagógicas, halagos empalagosos y consentimientos facilones. Es efecto del *amor* generoso y auténtico, de la *dedicación* y la *entrega* sacrificada. Nuestros adolescentes creen casi en su totalidad —97 por 100— en el amor de sus padres, que aprecian precisamente en la vida de sacrificio y entrega que llevan y en el interés con que se preocupan de ellos. Es efecto, asimismo, de la *comprensión*, cosa esta que no la encuentran ya tan fácilmente. Aunque la verdad es que se da también un poco la recíproca. Falta comprensión mutua. Los jóvenes sonríen a veces, a veces se indignan y se rebelan ante las ideas y los gustos de los adultos, que tachan de pasados. Los adultos sonríen a veces, a veces fustigan, ridiculizan y rechazan las ideas y los gustos de la juventud.

Y, sin embargo, unos y otros tienen que hacer esfuerzo por comprenderse. Los hijos tienen que tratar de *comprender a los padres*, que han nacido en un mundo concreto de ideas y de tendencias; que han seguido una trayectoria histórica personal que puede explicar muchos de sus modos de pensar y de ser; que actúan bajo la influencia de unas preocupaciones y de la responsabilidad de una función. Corresponde a la madre, mejor que a nadie, hacer la presentación —permítasenos llamarla así— del padre, resaltando lo que hay en su vida de admirable y valioso; tratando de explicar, si fuere del caso, su modo particular de ser y de conseguir la aceptación plena de su personalidad, en el supuesto de que eso ofreciera alguna dificultad. Y lo mismo deberá hacer el padre respecto de la madre. Así lograrán ser mucho mejor comprendidos de los hijos.

Los padres, por su parte, deben intentar *comprender a sus hijos*. Deben conocer y comprender sus intereses y necesidades en cada uno de los momentos de su vida en desarrollo. Deben comprender y respetar las exigencias de autonomía de la personalidad juvenil. Deben intentar comprenderlos como son en este momento histórico, que es el suyo: el de la bomba atómica, el de la televisión y el de los

vuelos espaciales; con su arte, con su literatura, con su música y sus canciones y con sus ídolos.

¿Por qué han de ser todas esas cosas, *a priori*, peores que las de otros tiempos? ¿Por qué ha de negárseles *a priori* todo valor? ¿Por qué se ha de pedir a los jóvenes de la nueva generación —de la nueva ola— que dejen de ser hijos de su época si todas las generaciones lo han sido de la suya? Lo primero es comprender. Después vendrá el dialogar y entenderse.

Los *padres* de hoy no tienen que olvidar que los hijos, y sobre todo las hijas, tienen más dificultades para entenderse con ellos. La creciente complejidad de la vida profesional puede absorberles cada vez más en el futuro, y, por consiguiente, puede acentuar las distancias entre ellos y sus hijos. Deben tener esto en cuenta y tomar las medidas oportunas para vivir más en el hogar con el reposo que requiere el ejercicio de sus funciones de cabeza y padre de la familia.

Las madres, por su parte, deben tener igualmente en cuenta el papel preponderante que desempeñan en la familia moderna, y han de tratar de formarse lo más amplia y completamente posible para ser efectivamente el centro y el motor de una vida familiar intensa y agradable, para estar en condiciones de dialogar con sus hijos en todo cuanto interese y darles la orientación y la ayuda que en cada momento precisen. Para cumplir, en una palabra, la misión que a ella sólo corresponde en el seno de la familia. En la sociedad actual, por razones de orden profesional principalmente, el nivel cultural de la mujer se ha elevado en forma ni siquiera imaginada en otros tiempos. Esto representa un bien incalculable desde el punto de vista de su preparación para sus funciones de esposa y de madre. Y aun prescindiendo de toda preocupación profesional fuera de casa, debe intensificarse la formación cultural de la mujer. Antes de ser esposa y madre, y después de serlo. Puesto que cuanto más amplia y completa sea su cultura, mejor podrá comprender a su marido y a sus hijos, con sus respectivos problemas, y mejor podrá dialogar y entenderse con ellos.

Las instituciones educativas deben a toda costa hacerse cargo de la problemática de la juventud actual y ayudársela a resolver.

Mirando a la problemática general, hay que señalar la imperiosa necesidad de dotarla de una formación humanística que le permita moverse en el mundo técnico actual sin dejarse dominar por esos valores meramente utilitarios y materialistas que actualmente tanta atrac-

ción ejercen sobre ella. Hay que elevarla de los placeres edonistas que con tanta profusión y tan al alcance de la mano se presentan hoy en el mundo, a la contemplación y al goce de los valores espirituales encarnados en el mundo de la cultura y en la religión.

Hay que revisar ciertos argumentos ya caducos que maquinalmente se vienen repitiendo en las aulas y fuera de ellas para mantener en pie determinados valores y formas de comportamiento, porque no podrán ser entendidos si no se actualizan. Lo que haya de mantenerse en pie ha de apoyarse sobre razones que sean válidas hoy, y que sean expresadas en un lenguaje de hoy.

Hay que proporcionar a los jóvenes una formación religiosa, no de puras formas y sentimientos, sino de convicciones sólidas y profundas; no de memorización de conocimientos, sino de reflexión honda y reposada que permita descubrir las líneas esenciales del mensaje evangélico. La cual será valiosísima en orden a proporcionar los criterios de valoración de las realidades terrestres en función de lo trascendente, y en orden a suministrar los principios básicos que han de regir la vida en las nuevas estructuras económicas, sociales, familiares y políticas en las que los jóvenes se han de mover.

Hay que iniciarles en una vida religiosa auténtica, regida por el gran principio del amor a Dios y al prójimo, que les libraré de su actual tendencia individualista y egocéntrica y les dispondrá para el servicio del bien común familiar, del político y del bien social en general. Si a esto se añade el encuadramiento efectivo en organismos juveniles —cosa harto difícil hoy, por el poco interés que despiertan en los jóvenes—, se logrará mejor una formación práctica para la realización de los valores sociales que tanto estamos necesitando.

Por lo que se refiere a la problemática familiar, no solamente hay que pensar en facilitar a los jóvenes la comprensión y el buen entendimiento con los padres, sino que hay que procurar también capacitarles para la constitución en el futuro de su propia familia.

«La nota distintiva de la escuela católica es crear un ambiente de la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar, últimamente, toda la cultura humana según el mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre.»

(Decreto conciliar sobre la educación cristiana)